

“En beneficio de la claridad, dice, se ha optado por una exposición esquemática y selectiva” (p. 208). Y si menciona el asunto a propósito de fray Luis, creo que valdría juzgar su intención en la totalidad del trabajo. A mi ver, lo esquemático se pierde por la frecuencia con la que, llevada por su entusiasmo, hace al lector comentarios indirectamente relacionados con el tema —ya en el texto o en notas. Esta especie de olvido de su criterio selectivo por momentos deja una sensación de trabajo escolar, resabios de su anterior condición de tesis.

Aunque la bibliografía es amplia, al decidirse por las normas de la Modern Language Association para su aparato crítico, suele desaprovechar sus fuentes bibliográficas: como parece batallar para compartir la página con los estudiosos a los que acude, escasean las citas textuales en favor de referencias parentéticas a las que remite, acaso paráfrasis (es difícil discernir cuándo habla ella y cuándo resume los hallazgos ajenos), y hasta hace coexistir, democráticamente, textos del siglo xvii con los actuales en la serie de paréntesis que enmarcan nombres, dos puntos, apellido, año, a veces página, en el cuerpo del texto y al pie. Así, por ejemplo, en la nota 2, p. 117, Faria e Sousa (1639) aparece lado a lado con Cerrón Puga (1984).

Con los poetas que revisa es generosa: citas de versos y estrofas apenas van pautadas por glosa, como en las páginas dedicadas a Bernardo Tasso (pp. 190-192), fuente de fray Luis. Sin embargo, como se decide por lo esquemático, el texto mantiene su función didáctica de principio a fin: hay siempre un resumen de lo que trata en cada capítulo, que reaparece en epílogos, bajo viñetas. De ese modo, el lector tiene la tranquilidad de seleccionar, de emplear el texto de la *Oda española del siglo xvi* como libro de consulta, sin riesgo de perderse.

La lectura del libro confirma la idea de que cada generación parece necesitada de apropiarse del pasado al contarlo a su manera. Soledad Pérez-Abadín lo intenta, aunque sea para confirmar conclusiones de académicos de otros tiempos, dedicados a la búsqueda de fuentes.

GABRIELA LEAL

MICHEL CAVILLAC, *Pícaros y mercaderes en el “Guzmán de Alfarache”*. Trad. de Juan M. Azpitarte Almagro. Universidad, Granada, 1994.

Vuelve a aparecer, en traducción española “corregida, algo condensada y —dentro de lo posible— actualizada” (p. 5), un egregio producto de la escuela sociohistórica del hispanismo francés, publicado por primera vez en 1983 y ahora de difícil acceso. Se trata de un libro fundamental no sólo para *Guzmán* y la picaresca, sino para toda la literatura del Siglo de Oro. Su gran acopio de datos permite ver relaciones sociales antes invi-

sibles, y ofrece la posibilidad de esclarecer tanto a Cervantes como a Alemán. Conste desde aquí mi enorme admiración por la obra guzmaniana de Cavillac. Sencillamente, él es quien más ha contribuido a nuestra comprensión de la novela de Alemán dentro de su contexto histórico. Cavillac toca todas las teclas; ve las relaciones entre contexto socioeconómico, situación edípica del protagonista y retórica narrativa. Quiero que los reparos que voy a hacer en lo que sigue se sitúen dentro de este cuadro general de admiración y agradecimiento profundo por la obra de Cavillac.

Como todos los guzmanistas, Cavillac quiere imponer una interpretación particular del *Guzmán*, y como toda interpretación, la suya depende de una manera muy particular de leer: “El *Guzmán de Alfarache* debe ser leído como una parábola socio-política sobre los extravíos del *homo oeconomicus* castellano. Arquetipo del hombre destituido de la «voluntad de querer», el hijo bastardo del mercader sevillano expresa ante todo las frustraciones del burgués nacional alienado por los genoveses pero al que el mercantilismo... brindaba la ocasión de rehabilitarse convirtiéndose a la racionalidad capitalista del Hombre Nuevo. A este respecto, el autobiografismo de la *Atalaya*, fruto de la «reforma» del narrador, es el signo de una conciencia mercantil por fin revelada en su vertiente positiva” (pp. 466-467).

El primer capítulo sitúa al *Guzmán* en la tradición crítico-literaria y empieza a establecer los contextos sociales dentro de los que el libro picaresco cobra su sentido: discusión de la “hermenéutica conversa” propuesta por Américo Castro y sus limitaciones (punto sobre el cual volveremos después); la existencia y real presencia de una burguesía castellana (al contrario de lo sostenido por Castro); la tradición crítica del siglo xx y su miopía frente a la legitimidad y función del discurso moralizante: la necesidad de no confundir el discurso picaresco de Guzmán con las intenciones reformistas de Mateo Alemán (separación absolutamente fundamental también a mi modo de ver, que Cavillac parece olvidar en ocasiones). Siguiendo la clasificación de Marthe Robert, Cavillac sitúa al *Guzmán* entre las novelas “del bastardo”, lo que implica cuestiones de legitimidad frente a bastardía y búsqueda del padre verdadero, de las que Cavillac sacará mucho partido.

El segundo capítulo examina el sentido teológico del vivir picaresco, insistiendo en la relación entre San Pablo, San Agustín y los debates contemporáneos al *Guzmán* en torno al libre albedrío y predestinación, fe y gracia, dentro de los que Cavillac destaca la relevancia de la posición bañista. Esta sección es fundamental para comprender la conversión final de personaje.

Los capítulos 3, 4 y 5 constituyen para mí el verdadero meollo del estudio. Están dedicados a evocar y describir en el detalle deseable —la “thick description” de Clifford Geertz— el contexto económico: la existencia e historia de la burguesía mercantil castellana durante el siglo xvi;

la relación entre moralismo y mentalidad burguesa, en torno a las cuestiones de préstamos con interés y usura, de la limosna, y de la relación honor-virtud; el mercantilismo y lo que él llama “discurso atalayista”, o sea las advertencias lanzadas por teólogos, moralistas y economistas alrededor de 1600, cuando “los abogados de la racionalidad mercantilista ofrecen una base científica al atalayismo religioso” (p. 400). El método de exposición es cronológico. Cavillac reúne y ordena ejemplos del discurso contemporáneo acerca de cada una de las grandes cuestiones, haciendo ver no sólo la importancia del tema, manifestada en la cantidad de escritos, sino también la evolución del pensamiento en torno a él. Así, por ejemplo, la exposición de la cuestión de los pobres y la caridad empieza con la *De subventione pauperum* de Vives, para seguir con el debate Soto-Robles de mediados de siglo, pasar luego a las ideas y escritos del canónigo Miguel Giginta, y desembocar en los proyectos reformistas del gran amigo de Mateo Alemán, el doctor Cristóbal Pérez de Herrera. Cada capítulo de éstos constituye un espléndido resumen histórico y “estado presente” de la cuestión. Cavillac no sólo se sirve de una serie impresionante de fuentes extraliterarias poco asequibles, sino que sabe ordenar, identificar y trazar grandes líneas y matices de pensamiento. Estos capítulos impresionaron ya en 1983. A finales de 1996, en un ambiente profesional de grandes vuelos por las regiones más etéreas de la teoría, estas páginas constituyen una reafirmación de fe en las posibilidades de la erudición.

Toda la sección intitulada “el itinerario del «mercader» español de 1521 a 1607” (pp. 201-230), enriquecida, si se me perdona, por trabajos recientes de Felipe Ruiz Martín, es oro puro. Una y otra vez vemos una dialéctica organizada en torno a cuestiones de verdad frente a falsedad, realidad frente a apariencia. Son cuestiones fundamentales, clásicas, que hemos visto ventiladas más de una vez por el hispanismo, sobre todo en torno a la picaresca y al *Guzmán* en particular. La novedad del enfoque de Cavillac consiste en hacer girar cuestiones en torno a un nuevo sujeto, la burguesía castellana del siglo XVI, lo que opera un cambio en las categorías habituales. Así que se contrastan pobres verdaderos y pobres fingidos. Se contrasta un capitalismo verdadero, anclado en el tráfico de mercancías, frente a otro capitalismo falso a base de representaciones simbólicas y un endeudamiento hiperbólicamente sobreextendido, riqueza “habida en el aire, en papeles y contratos, censos y letras de cambio, en la moneda, en la plata y en el oro; y no en bienes que fructifican y atraen a sí como más dignos las riquezas de afuera, sustentando las de dentro” en palabras de Cellorigo (p. 352).

En el capítulo 6 se recupera el texto de *Guzmán*, visto ya a la luz de los conocimientos contextuales que Cavillac ha venido impartiendo. En “la confesión del galeote” se conjugan el tema socioeconómico del mercader-portavoz de la razón y el socioteológico del *vir novus* paulino. El pícaro reúne los tipos del “mendigo fingido, rebelde a toda actividad

sedentaria” y del “mercader fingido, traidor a su vocación itinerante” (p. 422). La geografía del texto e itinerario del protagonista repiten la trayectoria de la riqueza española: Sevilla-Madrid-Génova. La doble ascendencia paterna del pícaro representa “la encarnación hiperbólica del parasitismo bifronte (ociosidad nobiliaria y especulación financiera) que conducía a España (y singularmente a su burguesía mercantil) por el camino de la improductividad y la perdición” (p. 437). Las dos novelas intercaladas de “Ozmín y Daraja” y “Bonifacio y Dorotea” se reinterpretan a la luz de la situación de conversos y mercaderes respectivamente en la época de los Reyes Católicos. La narración en primera persona se asocia al *yo* menipeo en cuanto visión privilegiada desde lo alto y al *yo* del atalaya como lo que Cavillac llama “profetismo reformador”. La galera de Guzmán se relaciona con la nao emblema de “la España asediada por los peligros” de Sancho de Moncada (p. 463).

El último capítulo sigue integrando el texto picaresco y el contexto tan cuidadosamente evocado y descrito antes. Se examina la relación entre el discurso picaresco —elogios de “la florida picardía”, acumulación improductiva de capital, contrasociedad mendicante— y los debates en torno a la caridad y legitimidad de los pobres. Se examinan los valores y comportamiento del clero durante los primeros años del período posttridentino, a la luz de los mismos debates y las ideas erasmianas. Cavillac encuentra un solo ejemplo de caridad genuina por parte de un religioso: el fraile franciscano que comparte con Guzmán de lo poco que tiene. Entre los antípodas está el cardenal romano que, según la visión que de él tiene Cavillac y que comparte con una minoría selecta de lectores particularmente atentos, viene a ser una representación sinecdócica de toda la religiosidad oficial posttridentina, centrada en el lujo y la ociosidad, así que el alto clero está sometido a la misma crítica mercantilista-burgués que la alta nobleza y los pícaros. Lo que tienen en común pícaros y señores —temporales y espirituales— es su parasitismo socio-económico, que Cavillac una y otra vez relaciona con el de los “falsos” mercaderes seducidos por el capitalismo financiero genovés que abandonan el trato en mercancías. Una fina observación de detalle hace notar que Monseñor, que muy probablemente es español, está emparentado con genoveses, igual que Guzmán (p. 506). En oposición al ocio improductivo, Alemán propone una ética puritana con base en el trabajo provechoso para la comunidad. Cavillac señala aquí cómo el pensamiento de Alemán se acerca peligrosamente a las ideas y prácticas calvinistas, aunque el crítico parece olvidarse de la distinción tan útil entre discurso picaresco y discurso alemaniano, pues mezcla citas de *San Antonio de Padua* con otras del *Guzmán*. Resulta que en ciertas ocasiones hay que leer a Guzmán al pie de la letra y no “volviéndose la tabla”, como Cavillac propone normalmente. El pensamiento de Alemán se clarifica, pero a expensas de la integridad artística (y consiguiente interpretación) del relato. Cavillac ofrece una ingeniosa explicación (pp. 545-550) de la

falta de arrepentimiento por parte tanto del protagonista estafador como del autor reformado por el robo al mercader (banquero) milanés y el robo-venganza a sus propios parientes genoveses: Guzmán representa al pequeño capitalismo castellano ahogado por el poderoso capitalismo financiero milanés y genovés. Estafar al milanés es poner una pica en Flandes por los mercaderes castellanos arruinados; vengarse de los parientes genoveses y llevar su dinero a España es lo mismo, con creces; Cavillac esquivaba la dimensión teológica del tema de la venganza y la de la coherencia psíquica del personaje al subordinarlo todo a la tesis económica y convertirlo en alegoría. Se vuelve sobre la “polémica antiaristocrática” antes aludida, esta vez en relación con ciertos personajes y episodios del *Guzmán*, sacando a relucir la ociosidad improductiva, la sensualidad, la ostentación, y el abandono de las funciones legítimas de la nobleza, esto es, la defensa del reino (pp. 559-566). El embajador francés se erige en modelo de un tipo de “nobleza modernizada y abierta a la actividad mercantil” (p. 565), que podría integrarse con “una nobleza de mérito” abierta “a las clases medias” (p. 572). Cavillac encuentra en Alemán una valoración de la ciudad por encima del campo (ataque al mito del campesino depósito de las virtudes nacionales) y especialmente de las ciudades mercantiles: Zaragoza, Barcelona (Sevilla) y Florencia (pp. 566-584). Observación atinada: “De madre adorada, Sevilla se había convertido en «madrstra» al prostituirse en manos de traficantes extranjeros. La relación de Alemán con su patria... se ajusta a la de Guzmán con su madre” (p. 579).

En la conclusión —muy densa y algo ceñida respecto a la versión original, de la que se suprimen varias referencias a pensadores ampliamente citados en el texto—, Cavillac vuelve a la relación padre-hijo, para insistir en el juego simbólico-alegórico de padres falsos y verdaderos y conflicto edípico en torno a la madre. Lo que hay es una secularización de la alegoría paulina de la bastardía-legitimidad, o una asimilación de la teología paulina a cuestiones temporales y francamente políticas. “Conversión” para Alemán significa rechazar al falso padre (capitalismo financiero genovés y aristocratismo improductivo) y la bastardía para ceñirse a lo verdadero y la legitimidad. Legitimizarse quiere decir convertirse a la racionalidad. Esto implica que: 1) “la vida humana” se define como el bienestar material de los ciudadanos; 2) el *homo novus* paulino así viene a ser el tipo del mercader, único ciudadano capaz de asegurar ese bienestar común; 3) lo anterior constituye la verdadera “*ragion di stato*”. La madre edípica, disputada por padres e hijos, es aquí la madre España, “prostituida a los «falsos padres»” genoveses (p. 603).

La conclusión hace hincapié en la cuestión del libre albedrío y la frustración de los deseos, en el contexto histórico de la posibilidad de adopción e imposición de las reformas preconizadas por Alemán y sus amigos. Cavillac hace notar que al final del *Guzmán* el narrador no está en libertad. (Es posible que haya sido puesto en libertad y vuelto a las

galeras, o que nunca saliera de ellas; de todas formas, Cavillac insiste, con Edmond Cros, que el final del relato resulta ambiguo.) La ausencia de la cédula real dentro de la ficción simboliza la imposibilidad práctica de hacer prevalecer la agenda reformista. Guzmán, como “los reformadores mercantilistas que en vano acosaban a Felipe III y a su reaccionario privado... con progresistas memoriales en aras del bien común”, está condenado al papel de San Juan Bautista, el precursor que predicaba en el desierto. De ahí el pesimismo alemán, que Cavillac está muy dispuesto a admitir aquí, pues se trata de un pesimismo “ante todo de índole sociopolítica” y no de una cosmovisión. La conclusión termina ciñendo el destino de la burguesía eclipsada alrededor de 1626 al de la novela como género, que también pierde su potencial como agente de cambio social por esas mismas fechas, como Montesinos vio hace tiempo. El libro de Cavillac ofrece así un argumento razonado, a nivel de documento histórico, a favor de la tesis, tradicional en la historiografía literaria de habla inglesa, de la relación inquebrantable entre novela y burguesía, de burguesía como *conditio sine qua non* de novela. Demostrar la existencia de una burguesía castellana que precediera y presidiera el nacimiento de la novela en España, a finales del siglo XVI, es una novedad importante.

Hay ciertos aspectos de este libro que merecen un comentario especial. Hacia el principio de su estudio, Cavillac traza un magnífico cuadro a lo Américo Castro de las relaciones-coincidencias entre la situación y mentalidad de los conversos y la de los pobres, sólo para luego dejarlo atrás. Porque efectivamente, hay más. Las ideas de Castro son absolutamente fundamentales, y quien no hace caso de ellas está condenado a no comprender nunca la España de entonces. Pero lo que don Américo no quiso ver es en lo que insiste Cavillac; es decir, en la infraestructura económica, desdeñada siempre por Castro como manifestación de un determinismo social inaceptable. Sin embargo, yo no rechazaría tan palmariamente toda la tesis conversa como lo hace Cavillac. No veo que lo erasmiano excluya lo converso, por ejemplo, sobre todo cuando el mismo Cavillac afirma que conversos y erasmistas son casi sinónimos y lo respalda con la autoridad de Marcel Bataillon (p. 32, n. 89).

Cavillac propone que el éxito de la novela picaresca en España supone una comunicación o identificación secreta entre la subjetividad del pícaro y la de los lectores-compradores responsables del éxito del género. Como los pícaros de verdad no pueden ser compradores de libros (por su pobreza), el personaje pícaro tiene que ser una representación metonímica de otro sector marginado, pero lector y comprador de libros. A renglón seguido niega que esa marginación pueda ser la del converso, para afirmar que el marginado de que se trata es el burgués, que ve defraudadas sus esperanzas de medro y ascenso social por la acción implacable de la división estamentaria de la sociedad, su arraigado aristocratismo. Este aristocratismo oficial es lo que define al mercader

como un ser sin honor. Yo no entiendo por qué hace falta negar el factor converso, que no sólo no es incompatible con la tesis de Cavillac (burguesía frustrada), sino que viene a apoyarla al explicar (o proponer una explicación de) la frustración de aquella sociedad. Lo que Cavillac mismo parece reconocer, en frases como: “Para la ideología aristocrática, el burgués está considerado originalmente como un intruso, un bastardo sociológico. Al vivir al margen de los vínculos de dependencia propios de la sociedad señorial, se convierte inmediatamente en un sospechoso con las mismas razones que un judío” (p. 51). Cavillac mismo asimila la situación (económica) del burgués a los imperativos de la sangre (“bastardo”, “judío”) que regían en aquella sociedad.

“Si nos hemos detenido en la mediación del hecho racial en la génesis del relato picaresco”, escribe Cavillac, “es... sobre todo porque la negación por parte de A. Castro y sus discípulos de la existencia de una burguesía (aun cuando ésta estuviera a la defensiva) susceptible de pensarse en tanto que tal (siquiera de manera degradada), despertó ecos perdurables en la crítica literaria...” (p. 60). Yo, como discípulo (aunque algo extraviado) de Castro y de sus discípulos, siempre creía que ser burgués no excluía ser converso, sino que lo implicaba. No, dice Cavillac, que cita mucho al viejo contrincante de Castro, Claudio Sánchez Albornoz. Efectivamente, había mercaderes hidalgos de limpia sangre; no se ha puesto en duda la limpieza de Simón Ruiz, por ejemplo. Fueron procesos económicos, crisis del capitalismo que se sintió primero en Castilla y luego se extendió a Europa lo que acabó con las esperanzas de la burguesía castellana (p. 59). Luego, sin embargo, en el apartado “Doctores y mercaderes: complicidad económica y solidaridad familiar”, Cavillac reconoce que “carecemos de suficientes datos sobre estos teólogos y letrados para afirmar que estaban emparentados con la burguesía mercantil. No obstante, sí sabemos que muchos de ellos descendían de *conversos*” (p. 275). Y luego ofrece una lista de ejemplos que incluye apellidos tanto jurídicos como mercantes de los más distinguidos en sus campos: Domingo de Soto, Andrés de Vega, los Coronel, los Miranda Salón, los Maluenda, Compludo, Astudillo y Cartagena (p. 276). Se ve que no todos los mercaderes eran hidalgos de limpia sangre, y que la tesis de Castro —de que los conversos después de 1492 seguían en las mismas profesiones que habían sido monopolizadas por sus antepasados hebreos— parece que tiene su grano de verdad. Cavillac observa que entre los muchos tratados y guías prácticas para mercaderes escritos entre 1540 y 1590 no hay ninguno que se titule “Del perfecto mercader”, como el italiano *Trattato della mercatura e del Mercante perfetto* (1458), en una época en la que abundan los “Perfectos médicos”, “Perfectos capitanes”, y “Perfectos regidores”; y ofrece una explicación sencilla: “en Castilla, al parecer, el tipo de *mercader* seguía siendo percibido como «imperfecto»” (p. 279). Cabe preguntar a qué se debía esa percepción estigmatizadora.

Ahora, estoy de acuerdo con que la insistencia de Castro en la situación y la angustia existencial propias de los conversos impedía o imposibilitaba ver la presencia y el peso de lo económico, y que esto ha retardado la evolución de la crítica guzmaniana. Don Américo padeció una especie de ceguera filosófico-ideológica que lo llevó a rechazar todo lo que oliera a determinismo, sobre todo, determinismo económico con sus asociaciones al marxismo. Sin duda, ya era hora de rectificar miopía, admitir la presencia de la base económica de la superestructura cultural, admitir que un aspecto fundamental del entorno vital es el económico, y pasar a estudiar el texto literario dentro de un contexto más rico, más matizado y que ofrece más posibilidades de explicación. Pero para lograr tan deseable fin no me parece necesario borrar otro factor también importante y de gran poder explicativo. En vez de invocar supuestas características “raciales” tales como “fatalismo” o “melancolía judía”, ni menos el criptojudasmo religioso, me parece más razonable asimilar la situación de los conversos, tanto su histórica vinculación al comercio como su marginación por motivos raciales, a los orígenes y evolución de aquella burguesía castellana cuya existencia resulta imposible negar a estas alturas.

Una vez asentada la existencia de una burguesía castellana, se plantea la cuestión de la asimilación y adhesión de dicha burguesía a los valores aristocráticos imperantes (lo que conduce al inmovilismo social) frente a la posibilidad de reforma. Enrique Tierno Galván y José Antonio Maravall niegan todo proyecto de reforma socioeconómica en Alemán. Cavillac se opone rotundamente (pp. 73-75). El Mateo Alemán de Cavillac pertenece a los círculos reformistas de aquella burguesía castellana. Hay que distinguir, afirma, entre Alemán-autor y Guzmán-personaje: distinción rigurosa, sobre la que reposa toda la argumentación a favor de la tesis progresista-reformista. Pesimismo, y pesimismo radical, hay, pero el pesimista es Guzmán y no su creador. Guzmán no frecuenta, como frecuentaba Alemán, el círculo del Dr. Pérez de Herrera y otros que Cavillac califica de “laboratorios ideológicos” (p. 236). Es Guzmán, y no Alemán, afirma, quien intenta entrar en y medrar dentro del sistema vigente. Sin embargo, en la sección que estudia la narración en primera persona, Cavillac identifica el *yo* guzmaniano con una serie de ejemplos de lo que él llama “una intencionalidad reformadora” (p. 458), y que también ve en los otros escritos claramente reformistas de Alemán (pp. 463-464).

Cavillac recurre a la *Ortografía castellana* para demostrar el progresismo del Alemán y hacer contraste con el inmovilismo de Guzmán. Cita pasajes elocuentes en donde Alemán preconiza “acabar de una vez con las «cosas de nuestros projenitores, que nos parecen cosa sagrada i que no se deve tocar a ellas. De aquí nace sustentarse vejezes, alhajas y cosas viles, de ningún provecho»” (p. 77). Lo que Cavillac identifica como una postura lingüísticamente progresista (y que sin duda lo es)

puede ser identificado con igual justicia como una pieza de la “dialéctica maestra” en torno a la que todo giraba en aquella sociedad, y que Cavillac está dispuesto a reconocer en todos sus aspectos menos uno: lo viejo frente a lo nuevo. Esta dialéctica maestra abarca el humanismo frente a escolástica: la nueva espiritualidad eramista frente a la religiosidad tradicional; el viejo sistema feudo-agrario frente al capitalismo incipiente: nobleza hereditaria frente a burguesía “self-made”; géneros literarios ideológicamente conservadores (teatro, romancero) frente a la novela en sus variantes cervantina y alemana; y también cristianos viejos frente a cristianos nuevos. El lenguaje de Alemán participa plenamente en esta dialéctica maestra. El peso de la sangre (limpia, sucia, hidalga, pecheroburguesa) y el linaje se reconocen en las “cosas de nuestros progenitores” y su identificación como “cosa sagrada”, a su vez implica la vieja religiosidad tradicional. El punto de vista capitalista-burgués se manifiesta en el desprecio de las “alhajas y cosas viles”, en el sentido de ser riqueza improductiva o “sin provecho”, antes guardada y ostentada que invertida. Para hablar de lingüística, concretamente de ortografía, del predominio del habla frente a la etimología como criterio, no hacía falta traer a colación a progenitores y vejeces ni alhajas guardadas sin provecho. En el discurso de Alemán, sangre y economía son inseparables.

Se puede discrepar de varios aspectos del libro de Cavillac: su tendencia a subestimar la verdadera importancia de la dimensión psicológica del personaje, a pesar de las referencias al manual de G. Mendel; su tendencia a confundir personaje y autor, a pesar de la separación anunciada, lo que lo lleva a considerar la conversión final de aquél como un éxito; su hostilidad a las ideas de Castro, a pesar de aprovecharlas más de una vez. La interpretación de Cavillac, como la mía y como la de todo lector, se desprende de su manera de formular preguntas y de leer el texto en función de aquellas preguntas y no otras. Yo creo que el resultado de la lectura de Cavillac es un magnífico cuadro de las intenciones de Mateo Alemán como representante de una burguesía traicionada y abandonada y como ciudadano preocupado por la salud del cuerpo social. Cavillac ha logrado colocar a Alemán donde pertenece, entre los Giginta, los Cellorigo, los Sancho de Moncada. Sigo creyendo, sin embargo, que tanto en el caso de Alemán como en el de Guzmán las buenas (y sinceras) intenciones naufragaron en el escollo de rencores, resentimientos y quién sabe qué conflictos intrapsíquicos no resueltos. A mí me siguen impresionando sus escritos como epopeyas del resentimiento y de la frustración. Pero aquí lo positivo sobrepasa —con mucho— lo discutible. El gran mérito de este libro para mí es el de haber replanteado las cuestiones clásicas del guzmanismo en función del contexto de producción y consumo de libros y el correspondiente horizonte de expectativas de lectores, su riquísima evocación del contexto socioeconómico y su capacidad de integrar lo económico, lo teológico y lo político. Este es un

libro importante. Su traducción al español y nueva puesta en circulación es un gran servicio que la Universidad de Granada ha hecho al hispanismo mundial.

CARROLL B. JOHNSON

University of California, Los Angeles

STEPHEN GILMAN, *La novela según Cervantes*. Trad. Carlos Ávila Flores. F.C.E., México, 1993.

Con la publicación de *La novela según Cervantes*, Stephen Gilman, conocido hispanista a quien debemos capitales estudios sobre *La Celestina*, el *Quijote* apócrifo o Galdós, contribuye de manera decisiva al acercamiento a la obra cervantina desde una perspectiva que aún sigue reclamando: la que atiende a su posteridad, y la demuestra ilustrándola de forma efectiva mediante ejemplos concretos de novelistas que se nutren de su legado.

En este caso, Gilman considera fundamentalmente novelas de la estela cervantina escritas en lengua no española, desde Balzac y Stendhal a Fielding y Twain, entre muchos otros. Por esta razón, el libro está destinado, en un principio, a lectores no hispanistas, a los que ofrece una sugerente visión de los hallazgos de Cervantes en relación con la tradición cultural que los determina. Su propósito es, pues, claro y trata simplemente de empezar por el principio: si se desea analizar la obra de los autores que siguen la senda propuesta por el *Quijote*, parece imprescindible discernir, ante todo, de dónde parte esa senda, si se detiene o bifurca y a dónde nos lleva. Así las cosas, el horizonte receptor de este libro se amplía hasta abarcar desde los más especializados cervantistas —que encuentran una gratificante oportunidad para revisar aspectos ya conocidos desde una nueva óptica— hasta los interesados en teoría de la novela —a quienes se ofrece un actualizado panorama de distintas tendencias narratológicas aplicadas al Cervantes crítico—, sin olvidar a los inquietos consumidores del género que pueden obtener de este estudio de la diáspora quijotesca un iluminador acicate para su experiencia lectora.

El libro se compone de cuatro partes: “Definición”, “Nacimiento”, “Invención” y “Descubrimiento”, en las que se nos lleva desde una inicial tentativa de aproximación al género novelesco hasta el establecimiento de lo que, según Gilman, constituye una de las principales aportaciones de Cervantes al mismo. Para la primera de las partes —“Definición”—, el autor, apoyándose principalmente en Ortega (y sus ideas sobre el poder *alienante* de la lectura) y en Mc. Luhan (quien habla de un nuevo receptor a partir de la invención de la imprenta), reflexiona sobre los efectos de la lectura y afirma que “la inmersión en la ficción es un peligro para la identidad” (p. 16), lo que le permite analizar la capacidad de sugestión del género narrativo y establecer un interesantísimo vínculo